meritorio es ese acto revestido de tales circunstancias?

Un asociado cuida á un enfermo caprichoso, exigente, insoportable tal vez; si lo hace por motivos humanos ó por pura necesidad, no hay méritos para el cielo. Por el contrario, si soporta á este pobre enfermo con la mira de aliviar y consolar en su persona al mismo Corazón de su Dios, entonces el mismo acto se eleva al orden sobrenatural y es meritorio de eterna recompensa.

Es una verdad de nuestra santa fe, que nuestro Señor se digna ocultarse en la persona de nuestros prójimos, por más culpables y miserables que sean, para tener en cuenta lo que hubiéramos hecho por ellos en su Nombre. Jesucristo en el día del juicio no solamente dirá : « Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre, tuve sed, estuve desnudo, encarcelado, y me habéis dado de comer, de beber, etc.; » sino que este amable Salvador, recordando tal ó tal ocasión en que hemos sufrido algo de parte de nuestros herma-

nos, añadirá : « en la persona de este ó aquel prójimo, que ha sido con vosotros ingrato, injusto, exigente, y le habéis soportado, excusado, perdonado : entrad en el gozo de vuestro Señor. »

¡Qué bendición tan grande y qué dicha encontrar así á Jesús, al dulce y purísimo Jesús, bajo la cubierta, llamémoslo así, de tantos seres que nos disgustan y nos hacen sufrir! Este pobre pecador, esta alma caída en abismo tan profundo no la despreciéis : es como un sepulcro en donde el divino Maestro está sepultado. Sois guardias de honor, velad á la puerta de esta tumba viviente, es decir, orad por esta alma, aprovechad la más pequeña centellita de buena voluntad para hacer germinar en ella la vida de gracia. Tal vez por vuestro caritativo sacrificio, Jesucristo saldrá un día triunfante de este sepulcro.

Encontraréis un alma débil al borde de un precipicio, una ocasión inesperada va á precipitarla en el abismo, tendedle la mano, dadle un buen consejo, sed para ella la voz animosa del Corazón

de Jesús, servid de eco salvador de este buen Maestro. Á su vez Él os sostendrá en el momento del peligro.

Sois guardias de honor : *guardad* la vida de la gracia en el alma de vuestros hijos, de vuestros domésticos, de vuestros amigos. velad siempre con el « ¿quién vive? » porque el enemigo ronda sin cesar las almas, buscando á quien devorar.

Guardad también la reputación de este prójimo querido. No os permitáis ni crítica, ni burla, ni palabra alguna que ofenda. Sed el abogado de los ausentes : no toleréis que delante de vosotros se hable mal de nadie.

El verdadero guardia de hodor debe procurar sobre todo celar los intereses sagrados de su buen Maestro y dueño muy amado. El celo de su gloria debe devorarle, las injurias que se le hacen deben caer sobre su afligido corazón. Siempre que vea á la infinita Majestad de su Rey injuriada, atacada, ofendida, debe intervenir, debe poner su corazón entre el que lanza el dardo y el divino Corazón para que no

sea de nuevo traspasado. Y para decirlo en pocas palabras, debe oponerse al mal, reprimirlo si le es posible, ó por lo menos orar, reparar las ofensas, expiarlas por los culpables.

Por último, el verdadero guardia de honor en todas sus acciones debe ser sencillo, verdadero, desinteresado. Debe consagrarse como lo hizo su divino Maestro, al bien de todos; *olvidarse, ignorarse, sacrificarse,* y esto sin ostentación, sin buscarse á sí mismo, no queriendo más que conseguir una amorosa mirada de Dios, no aguardando la recompensa sino de Él solo.

¡Oh! qué vida tan hermosa y qué derechamente conducirá á un asociado á la cumbre feliz donde el alma, en íntima comunicación con su Dios, gusta y entrevé ya algo de la gloria y delicias de la eterna bienaventuranza.

Esta simple idea bastará á las almas de buena voluntad para iniciarlas en la práctica de la vida interior. El espíritu del Señor no cesará de instruirlas. Si son fieles en escucharle, completará en ellas la transformación sobre-

natural del guardia de honor, que no es otra que la del verdadero cristiano, y los llevará á aquel término dichoso en que puede decir con San Pablo : « No vivo yo, sino que Cristo es quien vive en mí. »

Oraciones jaculatorias ó pequeñas chispas del amor divino.

Al vestirse. — Cubridme, oh Jesús mío, con los méritos de Vuestro divino Corazón, adornadme con Vuestras tan amables virtudes de la dulzura y humildad.

Al peinarse. — Yo quisiera, oh amado Salvador mío, á ejemplo de la Esposa de *los Cantares, robar* Vuestro Corazón con uno de mis cabellos, es decir, con las más pequeñas acciones de este día. Concededme animarlas de un grande amor.

Al lavarse las manos. — Lavad y purificad mi alma, oh buen Jesús, con la sangre y agua que salieron de la herida de Vuestro divino Corazón.

Al ponerse el calzado. — Poned en mis pies el calzado de la justicia, para que ande por el camino recto que conduce á Vuestro Corazón, oh mi amado Jesús.

Al principio de cualquiera obra. — Dulcísimo Salvador mío, Os ofrezco esta acción; dignaos, Os ruego, bendecirla : « Todo sea por amor Vuestro. »

Al dar la hora. — Qué dicha, Jesús mío; he aquí otra hora para glorificaros, serviros y amaros : Dios mío, creo en Vos, espero en Vos, Os amo con todo mi corazón. *Amado sea para siempre el Sagrado Corazón de Jesús.*

En cualquier peligro. — ¡Corazón de Jesús, salvadme ó perezco! Tened piedad de mi miseria, escondedme en Vuestra sagrada Llaga, en ella estoy seguro.

Cuando se sufre. — Bondadoso Salvador mío, yo uno esta enfermedad, este sufrimiento, á los que habéis padecido por la salvación de mi alma. Concededme sufrir con paciencia y amor.

Ante un obstáculo. — Si no lo queréis, Señor, yo tampoco lo quiero. Que se haga Vuestra voluntad y no la mía.

Después de haber cometido una falta. — He pecado, Jesús mío, tened misericordia de mí por los méritos de Vuestro dulcísimo Corazón herido en el árbol de la Cruz. (*Acto de Contrición.*)

En las contrariedades. — Vos lo habéis querido así, Salvador mío, yo también lo quiero; aunque me sea costoso, digo amén.

Viendo que se ofrende á Dios. — Perdónalos, oh Señor Jesús mío, no saben lo que hacen.

En estado de temor. — Mi alma esta turbada y temerosa: por esto, oh Jesús, me arrojo en Vuestros brazos y me confío más que nunca en la dulce bondad de Vuestro Corazón.

En los trabajos. — Salvador mío, acepto este trabajo en expiación de mis pecados y en unión con los que habéis padecido por mi salvación.

En un gran contratiempo. — Dios mío, por amarga y penosa que Vuestra santa voluntad me parezca, la acepto y bendigo en este contratiempo. Que no pierda yo Vuestro amor y Vuestra gracia, y seré bastantemente rico, y no Os pido otra cosa alguna.

En las desolaciones interiores. — Mi alma está triste hasta la muerte! Corazón herido de Jesús, venid á ayudarme, no tardéis en socorrerme!

Al tomar cualquier alimento. — Alimentad mi alma con una comida invisible, oh buen Jesús, que acreciente en mí Vuestro conocimiento y amor. (*Ofrecer una pequeña mortificación.*)

En viaje. — Dadme alas para volar hacia Vos, oh Dios de mi corazón.

Al ver una flor. — Oh Jesús, Flor de los campos, Lirio de los valles, concededme regocijar Vuestro Corazón con el perfume de vuestras suaves virtudes.

Al estar cerca del fuego. — Oh Corazón de Jesús, hoguera ardiente del divino amor, abrasad, purificad, transformad mi corazón.

Ó bien: « Oh fuego que ardes siempre y no te consumes

jamás, amor poderoso que estás en mi Dios, ejerce en mí tu actividad y transfórmame en el que amo. » (*San Agustín.*)

Al subir escaleras. — Que cada uno de mis pasos, oh amado Salvador mío, sea un grado más que me acerque á Vos.

Al ver llover. — Oh Jesús mío, haced caer sobre la tierra árida de mi corazón la fecunda lluvia de Vuestras gracias.

Al abrir una puerta. — Abrid mi corazón á las inspiraciones de Vuestra gracia, oh mi amado Salvador, y cerradlo á todo lo que pueda desagradaros.

Al pasar delante de una iglesia. — Alabado, adorado y amado sea para siempre el Santísimo Sacramento del altar.

Aspiraciones. — Quisiera, oh Jesús mío, con cada uno de los latidos de mi corazón deciros un millón de veces que os amo.

Al acostarse. — Que Vuestro Corazón, oh Jesús, sea el lugar de mi reposo para siempre. En él quiero dormir en paz y en él pasar mi vida! En él quisiera dar

el último suspiro, para despertar un día en el cielo. Amén.

Santificación de la Hora de Guardia.

La hora de guardia, como ya se ha dicho, se resume en un culto de *amor* y *reparación*, que cada uno práctica según su devoción particular, ó según el grado de intimidad que tiene con Nuestro Señor.

No solamente los hijos nobles y generosos tienen mil medios de consolar á su padre afligido; sino los pequeños de la familia pueden también hacerlo. ¡Qué impresión no harán en su corazón de padre angustiado, las caricias de sus pequeñuelos! Lo mismo pueden en el Corazón de Jesús, con los consuelos que le ofrecen los Benjamines de la familia católica.

Desde que el corazón comienzá latir y sabe buscar á Jesús, puede inscribirse en la santa Milicia; y durante la hora de guardia, decir á nuestro dulce Salvador : « Oh Jesús mío, quisiera amaros y consolaros por todos los corazones que Os afligen y no Os aman. »

Sin imponer ningún método para santificar la hora de guardia, me parece que el siguiente sería útil y glorificaría al Señor.

Cuando dé la hora, si uno está solo, se recoje un instante, hace la señal de la Cruz, y va en *espíritu*, acompañado de su Ángel de guarda al pie del Tabernáculo; se postra humildemente con el espíritu y el corazón delante del dulcísimo Jesús y hace la ofrenda de la hora de Guardia. Todo esto puede practicarse en pocos segundos; y si se está en compañía de otra persona, sin que nadie lo note.

Habiendo comenzado así la hora de guardia, debe continuarla en una dulce y tranquila atención á la presencia de Nuestro Señor, sin violencia, sin mortificación, cumpliendo sus deberes habituales á la vista de este tierno Maestro, como lo haría en compañía de un padre respetuosamente amado.

De tiempo en tiempo acuérdese que está de guardia en el Tabernáculo, dé una mirada al Corazón de Jesús, tan dulce, tan amante, tan abandonado en el

Sagrario. Haga alguna que otra vez un acto de amor ó una oración jaculatoria.

No se olvide de los pobres pecadores y de las necesidades de la santa Iglesia: ofrezca á esta intención mentalmente la PRECIOSÍSIMA OFRENDA de la sangre y agua salidas del Corazón de Jesús. Ofrezca finalmente, á Nuestro Señor algún ligero sacrificio, aunque no sea más que una mirada curiosa reprimida, una palabra de susceptibilidad no dicha, un movimiento de mal humor dominado.

Termine la hora de guardia con un Padre nuestro y Ave María por la intención del sumo Pontífice. Y después, besando respetuosamente los pies de Nuestro divino Redentor y habiéndole pedido su bendición, retírese del Tabernáculo, suplicando á los santos ángeles continúen por él cerca de Jesús Hostia, su glorioso oficio de Guardias de honor.

Práctica de la preciosísima Ofrenda.

Si durante la hora de guardia, los asociados desempeñan cerca

del Corazón de Jesús un ministerio tan conmovedor, este divino Corazón en cambio les encomienda un apostolado tan fecundo como sublime. Poniendo en sus manos la Herida, confía á su celo la misión de derramar sobre el mundo culpable esta copiosa redención por la cual la tierra será purificada, regenerada, salvada.

Una sola gota de esta sangre divina basta para redimir mil mundos más culpables que el nuestro. ¿Qué no hará la efusión de toda entera?

Esta sangre del verdadero Justo, del solo Santo de Israel, pedirá misericordia delante del trono de Dios, y el perdón descenderá sobre nosotros.

Cierta cosa es que Nuestro Señor Jesucristo puede Él sólo hacer este milagro; pero por regla general no salva al hombre sin el hombre. De aquí que el divino Corazón manifieste el deseo de que sus guardias de honor, cooperen con Él de esta manera, á la salvación del mundo, en los tiempos difíciles que atravesamos.

Correspondan, pues, los asociados, con un amor fiel á los deseos de su amado Maestro; tomen en sus manos el Cáliz de bendición que su Corazón les presenta; elévenlo sin cesar al cielo; sus oraciones no interrumpidas y unidas á las de este Corazón suplicante y Víctima, harán bajar sobre el mundo prevaricador ríos de misericordia y de perdón.

Nada es más eficaz que esta piadosa práctica, ninguna más fácil : sólo una elevación del corazón basta.

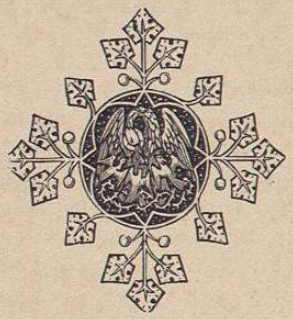
Durante la hora de Guardia, todo asociado tiene esta misión especial de ofrecer el Cáliz de bendición á la adorable Trinidad. Puede hacerlo mentalmente y sin que nadie lo advierta, yendo, viniendo, sufriendo, trabajando, y hasta conversando, en pocas palabras, en cada latido del corazón.

En el resto del día, puede el asociado reiterar esta santa práctica lo más frecuentemente que le sea posible, sobre todo cuando vé que se ofende á Dios, ó cuando él mismo tiene la desgracia de ofenderle.

Esta PRECIOSÍSIMA OFRENDA, debe hacerse no sólo en espíritu de reparación por los pecados de los hombres, sino también en espíritu de propiciación por las necesidades *presentes* de la Iglesia.

Esta real Esposa de Cristo salió de la herida del Corazón de Jesús en el árbol de la Cruz; con la sangre y agua de esta divina herida puede todavía ser purificada, rejuvenecida, y quedar triunfante de todos sus enemigos.

De la unión con el Salvador inmolado.

Después de haberse entregado enteramente á Jesús las almas víctimas por el acto de oblación propio de ellas, deben éstas permanecer tranquilamente en manos del divino sacrificador, y no admirarse de los cotidianos sacrificios que encontrarán en el camino de la vida. Todos los días al subir al altar santo necesita el sacerdote una Hostia; así Jesucristo necesita cada día de sus queridas almas víctimas y continúa en ellas y por ellas místicamente la oblación de la Cruz,

las ofrece á su eterno Padre, unidas á su sacrificio, por la salvación del mundo, y ellas completan en sí los sufrimientos de la Pasión. El espíritu interior que las debe animar, puede verse largamente enunciado en el *Capítulo VI, de la 1ª parte.*